

JORDI BIANCIOTTO

MARIA DEL MAR BONET,  
INTENSIDADES

editorial  
**MILENIO**  
LLEIDA, 2018

# Índice



Maria del Mar Bonet. La magia y la fortaleza .....	9
Un piso de Sants.....	15
1. Una terraza al sol .....	19
2. La “juez” número catorce .....	31
3. La gran decisión .....	55
4. Una ayuda de Miró .....	67
5. La tierra y el aliento .....	83
6. Del Romea al jardín soñado .....	103
7. La aventura de Oriente .....	115
8. Desde Brasil hasta L’Alguer .....	137
9. El canto que puede bailarse .....	151
10. Al otro lado del mar .....	165
11. La cúpula del Sant Jordi .....	179
12. De <i>Raixà</i> al mundo .....	193
13. Los jazmines de Damasco .....	209
14. La sinfonía y el <i>jazz</i> .....	219
15. Los colores de Cuba .....	239
Epílogo: más allá de un año de prodigios .....	247



## Maria del Mar Bonet La magia y la fortaleza

Una taberna que había sido testigo de muchas conspiraciones, un grupo de amigos, personalidades y periodistas que casi desborda los contornos de la sala y un horizonte de celebraciones. Maria del Mar Bonet ha regresado a L'Ovella Negra, la tasca de la calle de Sitges en la Barcelona vieja, el escenario donde empezó todo de una manera formal, cincuenta años atrás, para celebrar el camino recorrido y para compartir las nuevas ilusiones para un trayecto que no se detiene. El 19 de diciembre de 2016 está todo el mundo. Hay parlamentos institucionales, caras de expresión cómplice y una Maria del Mar a quien llega a temblarle un poco la voz, solo por un instante, cuando mira hacia atrás en el momento de dar las gracias por tanto camino compartido.

Maria del Mar Bonet celebra *50 Anys d'escenaris*, según reza el enunciado, y lo hace hablándonos de proyectos, de los conciertos que le esperan, de las nuevas alianzas y de un disco. *Ultramar*, que ha ido a grabar a un país, Cuba, integrado en su mundo desde hace bien poco, aunque siempre observado con curiosidad desde la distancia. La puedes ver allí, pues, soplando las velas de un pastel surrealista, una construcción hecha con cincuenta ensaimadas, y te dices a ti mismo que es imperativo alzar la mirada, más allá del efímero hecho periodístico, y restablecer en voz alta las razones por las cuales Maria del Mar Bonet es importante. Explicar cuál es el canon Maria del Mar, lo que representa como referente cultural en este país nuestro en el que se pasa tan a menudo, y a tanta velocidad, de la autocomplacencia al desdén por las cosas propias.

Que la voz de Maria del Mar pueda llegar a tambalearse por un momento durante la celebración de L'Ovella Negra, cuando las emociones brotan a

chorro, sería una incidencia excéntrica en uno de sus recitales, donde todo tiende a la perfección y los sentimientos están sujetos a una rigurosa lógica del arte. En su expresión como cantante hay un fascinante contraste entre una severidad que a veces puede ser distante y la implicación anímica absoluta en todo lo que hace, un equilibrio magnético entre la exigencia y la naturalidad, y entre la liturgia con el público y la extrema generosidad, sin impostaciones ni cinismo. Dura y tierna, exhibicionista e introvertida, quizá con ese punto de audacia temeraria tan propia de los tímidos, Maria del Mar Bonet camina con esa sombra de enigma que transita hacia su mundo un tipo de laberinto mágico plagado de curvas, pistas interrumpidas y luego retomadas, metáforas, claves poéticas, silencios, olvidos y regresos a su punto de partida para seguir de nuevo avanzando. En su obra hay muchos caminos que se desvanecen, pero que después son nuevamente visibles, y sueños que han de esperar el momento preciso para tomar forma. Una lógica sigilosa de las cosas, una cadencia suave, regida por una fuerza gravitatoria.

Y al fin y al cabo está la artista, una creadora que, como hacen los grandes, no se ha adaptado a ninguna categoría preexistente, sino que ha inventado su propia casilla a la hora de situarse en el mundo. Cantautora que un día fue más allá de la *cançó*, exploradora de las músicas del mundo antes de que se hablase de *world music*, mujer poderosa rodeada de hombres pendientes de sus indicaciones, cantante de voz tocada por los dioses que no ha basado su trayectoria en ese don natural y bella seductora que ha elegido una discreta manera de gestionar su sensualidad. Hay trovadores que han estado más pendientes de la palabra que de la música, y músicos a quienes la palabra ha representado un estorbo, pero Maria del Mar Bonet ha dedicado la misma atención a ambas cosas, a la poesía y al sonido, y a la fonética de los versos y al lirismo de los acordes y las texturas instrumentales. Hay cantantes catalanes que han triunfado en todo el mundo mezclando idiomas, y ella, más difícil todavía, lo ha hecho manteniendo un radical compromiso con su habla materna, el idioma de su alma. Y hay artistas que han dicho que sí a cualquier propuesta destinada a ampliar mercados, mientras que Maria del Mar Bonet, sin hablar demasiado o nada en absoluto, se ha hartado de dar noes, motivada solamente por inquietudes creativas, por la ilusión que le produce imaginar y construir sus obras, los mundos soñados que se abren de par en par en discos y espectáculos.

Su lenguaje poético y musical tiene que ver con la expresión de los sentidos y la construcción de un imaginario que es a la vez sentimental y

místico, y que convive en contacto con la naturaleza y las raíces. Fantástico, pero alimentado por emociones y circunstancias identificables, aunque se expresen a través de la metáfora onírica o la alegoría. Los materiales del amor y la trascendencia, el espíritu y la materia, se cruzan en canciones que funden arte y artesanía, donde la profundidad espiritual se expresa con manufacturas delicadas. Maria del Mar es un puente entre la cultura académica y la popular, y el único camino a través del cual disfrutar de su obra es el de la sensibilidad. Por encima de categorías tipificadas y más allá de las ideologías. Por eso su público es tan diverso, sobrevolando las pequeñas parcelaciones en las que a menudo se presentan las músicas.

Al mismo tiempo su obra es moderna, a pesar de reposar en la tradición, o quizás precisamente por ello. Ha ido a las raíces sin temer que la tildaran de ruralista o de extemporánea, y demostrando que, al fin y al cabo, no depender de las opiniones de los demás es la forma más extrema de modernidad. El diálogo con otras culturas, que ella empezó a cultivar, sobre todo, a partir de los primeros años ochenta, se ha convertido en una tendencia universal, practicada por artistas de todos los ámbitos, y sus abrazos con músicos del mundo árabe, hoy tan convulso, con artistas tunecinos o sirios, son la mejor metáfora del entendimiento. El aura mágica de ciertas composiciones minimalistas de sus álbumes clásicos puede hacer que levanten las cejas los cazadores de tendencias que hoy en día cantan las excelencias de las novedades del *folk* alternativo o psicodélico venidas de América o del norte de Europa, e incluso sus aproximaciones al *jazz* vocal y al estándar americano se avanzaron, y con un acento distintivo, al auge contemporáneo de la *diva-crooner* de mirada nebulosa. Ahora, que tanto se habla de una canción popular ajena a las autopistas industriales, de canción transmitida por tradición oral, utilitaria, reflejo de una vida menestral y en colectividad, no podemos evitar recordar a la chica que a finales de los sesenta intrigaba al público de Els Setze Jutges, y a los *jutges* mismos, tan urbanos la mayoría de ellos, con su recuperación de cantos de segar y de recoger aceitunas.

Seducida por los sonidos de madera, de tierra, de aire, no tanto por las instrumentaciones que puedan depender de la tecnología, Maria del Mar Bonet ha compuesto obras de una brillantez atemporal. No ha estado nunca muy pendiente de las tendencias del momento, ni de las sonoridades, por ejemplo, electrónicas, a las cuales sí que se entregaron otros autores y que hoy pueden llegar a sonar antiguas. Y los textos de sus canciones son legibles como composiciones poéticas en sí mismas. Muchos, de hecho, lo

son de origen. Sus adaptaciones han dado un nuevo vuelo a poemas que, particularmente en ciertas épocas, permanecían escondidos de las aulas y del mundo editorial. Con una cierta predilección, no exclusiva, por autores mallorquines, colocando su pequeño país dentro del otro país, el catalán y el mediterráneo: Anselm Turmeda, Joan Alcover, Bartomeu Rosselló-Pòrcel y unos cuantos más.

Un disco es algo tan importante para María del Mar Bonet que solo se pone a ello cuando el proyecto ha logrado un grado de maduración, no en un momento de prueba, de investigación o de deslumbramiento fugaz. Las canciones se acostumbran a mostrar poco a poco en los escenarios, van creciendo y se van asentando, y cuando toda la arquitectura reposa sobre bases sólidas y la ejecución fluye de una manera natural, ya no mecánica sino vivaz, es el momento de entrar en el estudio a plasmar la fotografía de la obra. El álbum toma forma como un mosaico de temas que pueden tener un origen muy diverso pero que multiplican el sentido cuando se encuentran todos juntos. El sentido del ego artístico parece relativo en estos álbumes en que creaciones propias conviven con adaptaciones de autores admirados, poemas hechos canción, músicas con textos prestados o, al revés, temas de autoría compartida. Los conciertos son la corriente central, ordinaria, de su trayectoria y los discos, los testigos que recogen su esencia. De ambas cosas hay en gran abundancia en su carrera, una veintena larga de lanzamientos discográficos y centenares de recitales. Esto no lo habíamos dicho, pero María del Mar es una gran trabajadora y su trayectoria no solo carece de espacios en blanco, sino que a menudo se solapan varios proyectos a la vez y aún no ha acabado con uno que ya empieza a divisarse el siguiente.

Si hay un rasgo de carácter que explica su singladura es la determinación de seguir un camino preciso, y no otro, pagando el precio que haya hecho falta en cada momento con elegancia y discreción, sin jugar a ser víctima ni heroína. Eso ya fue así cuando, a comienzos de los años setenta, se le puso en bandeja una carrera de cantante melódica multilingüe de prometedora proyección comercial y ella prefirió obedecer sus deseos íntimos y seguir su camino. Ha vuelto a ser así muchas veces más y sucede de nuevo cuando, en 2016, viaja a Cuba y se embarca en un proyecto complejo, caro y laborioso que acaba dando unos colores inéditos a su música. Hablamos de este álbum, *Ultramar*, que la muestra, como siempre, en movimiento, enlazando pasado y presente, instinto popular y acento culto, y practicando una de las cosas que más le gustan: la conversación con formas musicales de otras

latitudes que, a pesar de las distancias, presentan puntos de contacto con la tradición mallorquina, el centro de su mundo.

No había estado nunca en Cuba, pero en 2011, de una manera inesperada, le otorgaron un Premio Cubadisco, distinción que la empujó a visitar la isla al año siguiente para ofrecer una actuación. La aventura tropical, que la ha llevado a compartir escenario con Omara Portuondo y a trabajar con músicos de prestigio como Jorge Reyes, José María Vitier y Pancho Amat, ha sido un nuevo revulsivo y un símbolo de este no parar que continúa marcando su carrera. En 2016, un año que empezó cantando en el Teatro Real de Madrid, con la Banda Municipal, a beneficio de los refugiados del Mediterráneo, grabó *Ultramar* en La Habana y siguió actuando por todos los *Països Catalans*. También en Ginebra, en el Concierto del Mediterráneo, en la sede de las Naciones Unidas, junto a quince figuras internacionales, entre ellas Maria Farantouri, Ara Malikian, Hossam Ramzy, Francesca Schiavo y la ampurdanesa Sílvia Pérez Cruz. Y en París, donde regresó para cantar en el Instituto del Mundo Árabe, dentro de una jornada dedicada a Ramon Llull. Y en 2017, año de celebraciones, paseó *Ultramar* por el estado español, arropada por selectos músicos cubanos, y llevó su canto a Grecia, Túnez, Italia y Egipto.

En unos tiempos en que casi todos los artistas de larga carrera, aquí y en todo el mundo, miran hacia atrás, con ánimo recreativo o nostálgico, y se atrincheran en los éxitos pretéritos, Maria del Mar, *la Bonet*, como se la llama a menudo emulando simpáticamente el trato dispensado a las divas operísticas como la Caballé o la Callas, se muestra desinteresada en el *revival* y prefiere entregar obra nueva y continuar caminando. A la postre, no hay manera más *bonetiana* de conmemorar estos *50 Anys d'escenaris* que, con un álbum, un espectáculo, con el que nos viene a decir que el arte continúa, con suavidad y firmeza, como siempre lo ha hecho durante estas cinco décadas estrenadas con aquel acto de bienvenida a Els Setze Jutges, entre las destartaladas paredes de L'Ovella Negra.

El 19 de diciembre de 2016 está todo el mundo, en la vieja taberna, un local que, como subraya Maria del Mar, conserva el mismo aspecto que en otros tiempos. No como, añade ella, La Cova del Drac, de la calle de Tuset, donde hace años que hay una bocardillería. El signo de los tiempos. Una de las voces que destaca es la de Josep Maria Espinàs, que recuerda la sensación que le provocó la joven cantante mallorquina, con su voz dotada, dice, de un «temblor especial, un temblor que no era de debilidad ni de miedo, sino de emoción».

Aquella voz permanece, crecida, conquistadora, acarreado ahora un equipaje de vivencias que la hacen todavía más fuerte, y envuelta con los colores del trópico cubano para echarse a las espaldas estos cincuenta años que, según se obstina a decir todo el mundo, han transcurrido desde aquella presentación en sociedad de Els Setze Jutges. ¿Cincuenta años, dice? Imposible, qué disparate.





## Un piso de Sants

**E**ntramos en una estancia no muy grande, donde hay una mesa con algunos libros apilados, unas carpetas y recortes de prensa. Una cama pequeña al lado, un par de sillas, una funda de guitarra. Parece una habitación de estudiante, de un estudiante que está de paso, donde solo hay las cosas imprescindibles para pasar unos cuantos días entre semana. Entra la luz natural por una ventana que da en un patio interior con paredes de baldosas de un aire valenciano, con un punto morisco incluso.

María del Mar me acompaña, me ofrece un café, nos sentamos a hablar. No hemos tenido conversaciones largas, ni siquiera cortas, sobre el marco teórico, cronológico, conceptual, que ha de tener este libro, pero a los dos nos parece natural empezar por el principio, por los recuerdos más lejanos.

Hace años que nos conocemos, una veintena, pero ambos hemos estado colocados siempre en lados diferentes: la artista y el periodista. También ahora, de hecho, a pesar de que las cosas han cambiado. En el punto en que ella empieza a hablar, respondiendo los primeros interrogantes que dejo caer, entrando en situación poco a poco, las dos posiciones, los dos roles, tienden a suavizarse. Hay una disposición hacia la confianza mutua que no se había producido en encuentros anteriores y la artista sabe que puede soltarse sin pensar que todo aquello que diga podrá ser utilizado en su contra en un titular bien grande, mientras que el periodista entiende que no es el momento de hacer preguntas encaminadas a parecer el más inteligente de la clase. Ella ha mantenido siempre una determinada aura de misterio y de elegante distancia a su alrededor, y, al fin y al cabo, no es tan perverso que



un artista no quiera explicárselo todo al mundo, que la acompañe un poco de niebla, la justa, para imaginar y construir el mito a medida.

La conversación, naturalmente desigual, preguntas que pretenden iluminar nuevos territorios de pensamientos y de vivencias, y respuestas generalmente copiosas, en las que un recuerdo aviva la imagen de otro recuerdo, sigue un hilo aproximadamente cronológico, pero se va muchas veces hacia direcciones inesperadas donde los dos nos perdemos durante largos ratos. El casco de espeleólogo en la cabeza y la linterna en la mano, iluminando nuevos espacios. Pasamos hora y media, dos horas, quizás más, sentados a un par de metros de distancia, en aquella quietud de un piso de la calle de Sants adonde no llega el barullo urbano. Es la casa de un buen amigo suyo, el poeta, letrista, traductor, precisamente valenciano, Albert Garcia, un lugar que de un tiempo a esta parte se ha convertido en una especie de refugio, de posada, de la artista, ahora establecida en su Mallorca natal después de tantos años viviendo en Barcelona.

Es el primer encuentro y habrá muchos más, siempre en el mismo escenario, todos a partir de esta pauta, como una sigilosa y sustanciosa rutina. Esta palabra, rutina, está infravalorada. El diccionario dice que no es nada más y nada menos que «la costumbre de hacer algo de una cierta manera». Y es a partir de unos andamios sólidos cuando puede surgir lo inesperado sabiendo que el edificio no se derrumbará. Estamos delante de la novela de una vida por etapas, revivida por una persona que no tiene mucha querencia a mirar hacia atrás, que a menudo llega a confundir secuencias temporales de su propia biografía, que en ocasiones no tiene muy claro si de algo hace veinte años o treinta, y a quien todo ello no parece quitar demasiado el sueño.

En realidad, los momentos en que adopta una expresión más vivaz suelen ser aquellos en los que habla de los proyectos y las experiencias del momento: el disco grabado en Cuba, los conciertos que tiene para la semana que viene en el País Valenciano, el viaje a París... Da la impresión de que el pasado, para Maria del Mar Bonet, es un documental en DVD y que con una vez lo has visto ya has tenido suficiente, aunque pueda suministrar imágenes de dulce melancolía. Hay motivos para sentir orgullo por el camino recorrido, pero los puntos de anclaje están en el presente y, en todo caso, de aquello que ya pasó quedan más las sensaciones que la ordinaria cronología de los hechos.

El sol de invierno caldea la habitación, que respira en silencio. Aquella estancia que parece de estudiante podría recordar la que acogió a Maria del Mar cuando, con diecinueve años, se instaló en Barcelona, en casa de Lluís Serrahima y Remei Margarit. Graciosa similitud, habiendo pasado

El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.  
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

Las citas de entrevistas y críticas de *El Periódico de Catalunya* que aparecen en el texto sin mencionar el nombre del entrevistador o crítico, fueron escritas por el autor de este libro.

Las fotografías que aparecen en el libro *Maria del Mar Bonet. Intensidades* forman parte de la colección particular de Maria de Mar Bonet, cedidas desinteresadamente por sus respectivos autores o propietarios del copyright.

© de los textos: Jordi Bianciotto Clapés, 2018  
© de los textos de las canciones: Maria del Mar Bonet Verdaguer.  
© de las imágenes: los autores y fuentes citadas, Fundació Toni Catany y Juan Miguel Morales.

© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2018  
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com

Diseño de maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: marzo de 2018

Impresión:  
Arts Gràfiques Bobalà, S L  
Sant Salvador, 8  
25005 Lleida  
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-807-0  
DL L 15-2018

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.